

Pero à las siete y media fué entrando á la tertulia Anita la Blanda, muchacha linda como ella sola, zaragata como nadie, y mi coquetilla favorita. Con ésta tenia yo mis conversaciones en las tertulias: era mi inseparable compañera en las contradanzas y no tenia mas que hacer para que me distinguiera entre todos, sino llevarla á su casa, despues de hacerla cenar y tomar vino en la fonda, dejarla para otro dia seis ú ocho pesos, y hacerla unos cuantos cariños. Todo esto muy honradamente, porque iba siempre acompañada con su tia . . . pues . . . con su tia, que era una buena vieja.

Entró, digo, esa noche mi Anita vestida con un túnico azul nevado, de tafetan, con su guarnicion blanca: su chal de punto blanco: zapatos del mismo color: media calada y peinada á lo del dia. Vestido muy sencillo; pero si con cualquiera me agradaba, esa noche me pareció una diosa con el que llevaba, porque sobre estos coleres bajos resaltaban lo dorado de sus cabellos, lo negro de sus ojos, lo rosado de sus mejillas, lo purpúreo de sus lábios y lo blanco de su pecho.

Luego que se sentó en el estrado se me fueron los ojos tras ella; pero me hice disimulado, platicando con un amigo y haciendo por no verla; mas ella, advirtiendo mi disimulo, noticiosa de que no habia querido bailar, y temiendo no estuviera yo sentido por algun motivo suyo, que me los daba cada rato, se llegó á mí y me dijo mas tierna que mantequilla: Pedrillo, ¿no me has visto? Me dicen que no has querido bailar y que has estado muy triste; ¿qué tienes? Nada, señora, le dije con la mayor circunspeccion.—¿Pues qué, estás enfermo?—Sí estoy, le dije: tengo un dolor. ¿Un dolor? decia ella: pues no, mi alma, no lo sufras: el Sr. D. Prudencio me estima: ven á la recámara, te mandaré hervir una poca de agua de manzanilla ó de anís, y la tomarás. Será dolor flatoso.

No es dolor de aire, le dije, es mas sólido y es dolor provechoso. Váyase vd. á bailar. Yo hablaba del dolor de mis pecados;

pero la muchacha entendia que era enfermedad de mi cuerpo, y así me instaba demasiado haciéndome mil caricias, hasta que viendo mi resistencia y despego se enfadó, me dejó y admitió á su lado á otro currutaquillo que siempre habia sido mi rival y estaba alerta para aprovechar la ocasion de que yo la abandonara.

Luego que ella se la proporcionó, se sentó él con ella, y la comenzó á requebrar con todas veras. La fortuna mia fué que era pobre, sino me desbanca en cuatro ó cinco minutos, porque era mas buen mozo que yo.

Advirtiendo el desdén de ella y la vehemente diligencia que hacia mi rival, se me encendió tal fuego de celos, que eché á un lado mis reflexiones y se llevó el diablo mis proyectos.

Me levanté como un leon furioso: fuí á reconvenir al otro pobre con los términos mas impolíticos y provocativos. La muchacha, que aunque loquilla era mas prudente que yo, procuró disimular su diligencia, y serenó la disputa haciéndome muchos minutos, y quedamos tan amigos como siempre.

Luego que eché á las ancas mi conversion, bailé, bebí, retocé y desafié á Anita para que cuerpo á cuerpo me diese satisfaccion de los celos que me habia causado. Ella se escusó diciéndome que estaban prohibidos los duelos, y mas siendo tan desiguales.

En lo mas fervoroso de mi chacota estaba yo, cuando D. Prudencio me avisó que habia llegado su tio el doctor, que pasara á contestar con él al gabinete para que de mi boca oyera la propuesta que le hacia.

No estaba yo para contestar con doctores, y así, hurtando un medio cuarto de hora, entré al gabinete y despaché muy breve todo el negocio, quedando con el padre en que á las ocho del dia siguiente vendria por él para llevarlo á casa.

Quería el pobre sacerdote informarse despacio de todo lo que le habia contado su sobrino; pero yo no me presté á sus deseos;

diciéndole que á otro día nos [veríamos y le satisfaría á cuanto me quisiese preguntar. Con esto me despedí, quedando en el concepto de aquel buen eclesiástico por un tronera malerido.

Así que me despedí de él me volví con Anita, y á las nueve, hora en que me recogía á lo mas tarde por respeto de mi amo, y eso á costa de mil mentiras que le encajaba, la fuí á dejar á su casa tan honrada como siempre, y me retiré á la mia.

Cuando llegué ya dormía el chino, y así yo cené muy bien y me fuí á hacer lo mismo.

Al día siguiente y á la hora citada fuí por el padre doctor, que ya me esperaba en casa de D. Prudencio: lo hice subir en el coche y lo llevé á presencia de mi amo.

Este respetable eclesiástico era alto, blanco, delgado, bien proporcionado de facciones, sus ojos eran negros y vivos, su semblante entre sério y afable, y su cabeza parecia un copo de nieve. Luego que entré á la sala donde estaba mi amo, le dije: señor, este padre es el que he solicitado para capellan, segun lo que hablamos ayer.

El chino, luego que lo vió se levantó de su butaca y se fué á él con los brazos abiertos, y estrechándolo en ellos con el mas cariñoso respeto, le dijo: me doy los plácemes, señor, porque habeis venido á honrar esta casa que desde ahora podeis contar por vuestra; y si vuestra conducta y sabiduría corresponden á lo emblanquecido de vuestra cabeza, seguramente yo seré vuestro mejor amigo.

Os he traído á mi casa porque me dice Pedro que es costumbre de los señores de su tierra tener capellanes en sus casas. Yo desde ántes de salir de la mia, supe que era muy debido á la prudencia el conformarse con las costumbres de los países donde uno vive, especialmente cuando éstas no son perjudiciales, y así ya podeis quedaros aquí desde este momento, siendo de vuestro cargo sacrificar á vuestro Dios por mi salud, y hacer que todos mis criados vivan con arreglo á su religion, porque me pa-

rece que andan algo extraviados. Tambien me instruireis en vuestra creencia y dogmas, pues aunque sea por curiosidad deseo saberlos; y por fin, sereis mi maestro y me enseñareis todo cuanto consideréis que debe saber de vuestra tierra un extranjero que ha venido á ella sólo por ver estos mundos; y por lo que toca al salario que habeis de gozar, vos mismo os lo tazareis á vuestro gusto.

El capellan estuvo atento á cuanto le dijo mi amo, y así le contestó: que haria cuanto estuviera de su parte para que la familia anduviese arreglada: que lo instruiria de buena gana, no sólo en los principios de la religion católica, sino en cuanto le preguntara y quisiera saber del reino: que acerca de su honorario, en teniendo mesa y ropa, con muy poco dinero le sobraba para sus necesidades; pero que supuesto le hacia cargo de la familia, era menester tambien que le confiriése cierta autoridad sobre ella, de modo que pudiera corregir á los díscolos y espeler en caso preciso á los incorregibles, pues sólo así le tendrían respeto y se conseguiria su buen deseo.

Parecióle muy bien á mi amo la propuesta, y le dijo: que le daba toda la autoridad que él tenia en la casa para que enmendara cuanto fuere necesario. El capellan fué á llevar su cama, baúl y libros, y á solicitar la licencia para que hubiera oratorio privado.

Lo primero se hizo en el día, y lo segundo no se dificultó conseguir, de modo que á los quince días ya se decia misa en la casa.

De día en día se aumentaba la confianza que hacia mi amo del capellan y el amor que le iba tomando. Querian los mas de los criados vivir á sus anchuras con él, así como vivian conmigo, pero no lo consiguieron; pronto los echó á la calle y acomodó á otros buenos. La casa se convirtió en un conventito. Se oia misa todos los días: se rezaba el rosario todas las noches: se comulgaba cada mes: no habia salidas ni paseos nocturnos, y á mí se

me obligaba como á uno de tantos á la observancia de estas religiosas constituciones.

Ya se deja entender qué tal estaria yo con esta vida: desesperado precisamente, considerando que habia buscado el cuervo que me sacara los ojos; sin embargo, disimulaba y sufría á mas no poder, siquiera por no perder el manejo del dinero, la estimacion que tenia en la calle y el coche de cuando en cuando.

Deseaba poner en mal al capellan y deshacerme de él; pero no me determinaba, porque veia lo mucho que mi amo lo queria. Desde que fué á la casa, sacaba á pasear á mi amo con frecuencia en coche y á pié, llevándolo no sólo á los templos como yo, sino á los paseos, tertulias, visitas, coliseo y á cuantas partes habia concurrencia, de suerte que en poco tiempo ya mi amo contaba con varios señores mexicanos que lo visitaban y le profesaban amistad, haciendo yo en la casa el papel mas desairado, pues apenas me tenian por un mayordomo bien pagado.

Luego que venian de algun paseo se encerraban á platicar mi amo y el capellan, quien en muy poco tiempo le enseñó á hablar y escribir el castellano perfectamente, y lo emprendió mi amo con tanto gusto y aficion, que todos los dias escribia mucho, aunque yo no sabia qué, y leia todos los libros que el capellan le daba, con mucho fruto, porque tenia una feliz memoria.

De resultas de estas conferencias é instruccion, me tomó un dia cuentas mi amo de su caudal con mucha prolijidad, como que sabia perfectamente la aritmética, y conocia el valor de todas las monedas del reino. Yo le di las del gran capitan, y resultó que en dos ó tres meses habia gastado ocho mil pesos. Hizo el chino avaluar el coche, ropa y menaje de casa: sumó cuanto montaba el gasto de casa, mesa y criados, y sacó por buena cuenta que yo habia tirado tres mil pesos.

Sin embargo, fué tan prudente que sólo me lo hizo ver, y me pidió las llaves de los cofres, entregándoselas al capellan y encargándole el gasto económico de su casa.

Este golpe para mí fué mortal, no tanto por la vergüencilla que me causó el despojo de las llaves, cuanto por la falta que me hacian.

El capellan desde que me conoció formó de mí el concepto que debia, esto es, de que era yo un pícaro, y así creo que se lo hizo entender á mi amo pues éste, á mas de quitarme las llaves, me veia no sólo con seriedad, sino con cierto desden, que lo juzgué precursor de mi expulsion de aquella Jauja.

Con este miedo me esforzaba cuanto podia por hacerle una barba finisima; y una vez que estaba trabajando en este tan apreciable ejercicio, á causa de que el capellan no estaba en casa y él estaba triste, le pregunté el motivo, y el chino sencillamente me dijo: ¿Qué no se usa en tu tierra que los extranjeros tengan mujeres en sus casas? Sí se usa, señor, le respondí: los que quieren las tienen. Pues traeme dos ó tres que sean hermosas para que me sirvan y diviertan, que yo las pagaré bien, y si me gustan me casaré con ellas.

Halléme aquí en buen lugar para poner en mal al capellan, aunque injustamente, y así le dije que el capellan no queria que estuvieran en casa: que este era el embarazo que yo pulsaba; pero que mujeres sobraban en México, muy bonitas y no muy caras.

Pues traelas, dijo el chino, que el capellan no me puede privar de una satisfaccion que la naturaleza y mi religion me permiten.

Con todo eso, señor, le repliqué, el capellan es el demonio: no puede ver á las mujeres desde que una lo golpeó por otra en un paseo, y como está tan engreido con el favor de vd., querrá vengarse con las muchachas que yo traiga, y aun las echará á palos por mas lindas que sean y vd. las quiera.

Enojóse el chino creyendo que el capellan le quitaría su gusto, y así enardecido, dijo: ¿Qué es esa de echar á palos de mi casa á ninguna mujer que yo quiera? Lo echaré yo á él si tal atre-

vimiento tuviere. Anda y traeme las mujeres mas bellas que encuentres.

Contentísimo salí yo á buscar las madamas que me encargaron, creyendo que con el madurativo que habia puesto, el capellan debia salir de casa, y yo debia volver á hacerme dueño de la confianza del chino.

No me gustaba mucho el oficio de alcahuete, ni jamás habia probado mi habilidad para el efecto: me daba vergüenza ir á salir con tal embajada á las coquetas, porque no era viejo ni estaba trapiento; y así temia sus chocarrerías, y mas que todo, temblaba al considerar la prisa que se darian ellas mismas para quitarme el crédito; pero sin embargo, el deseo de manejar dinero y verme libre del capellan, me hizo atropellar con el pedacillo de honor que conservaba, y me determiné á la empresa.

Llegué, ví y vinei con mas facilidad que César. Buscar las cusquillas, hallarlas y persuadirlas á que vinieran conmigo á servir al chino, fué obra de un momento.

Muy ancho fui entrando al gabinete del chino con mis tres damiselas, á tiempo que estaba con él el capellan, quien luego que las vió y conoció por los modestos trajes, les preguntó enepotando las cejas, que á quién buscaban.

Ellas se sorprendieron con tal pregunta, y hecha por un sacerdote conocido por su virtud, y así sin poder hablar bien le dijeron, que yo las habia llevado y no sabian para qué. Pues hijas, les dijo el capellan, vayan con Dios, que aquí no hay en qué destinarlas.

Salieron aquellas muchachas corridísimas y jurándome la venganza. El capellan se encaró conmigo, y me dijo: sin perder un instante de tiempo, saca vd. su catre y baúles y se muda, calumniador, falso y hambre infame. ¿No le basta ser un pícaro de por sí, sino tambien ser un alcahuete vil? ¿No está contento con lo que le ha estafado á este pobre hombre, sino que aun quiere que lo estafen esas locas? Y por fin, no bastará condenarse, sino que



quiere condenar á otros? Hé, váyase con Dios ántes de que haga llamar dos alguaciles y lo ponga donde merece.

Consideren vdes. cómo saldria yo de aquella casa, ardiéndome las orejas. Frente al zaguan estaban dos cargadores: los llamé, cargaron los baúles y mi catre y me salí sin despedida.

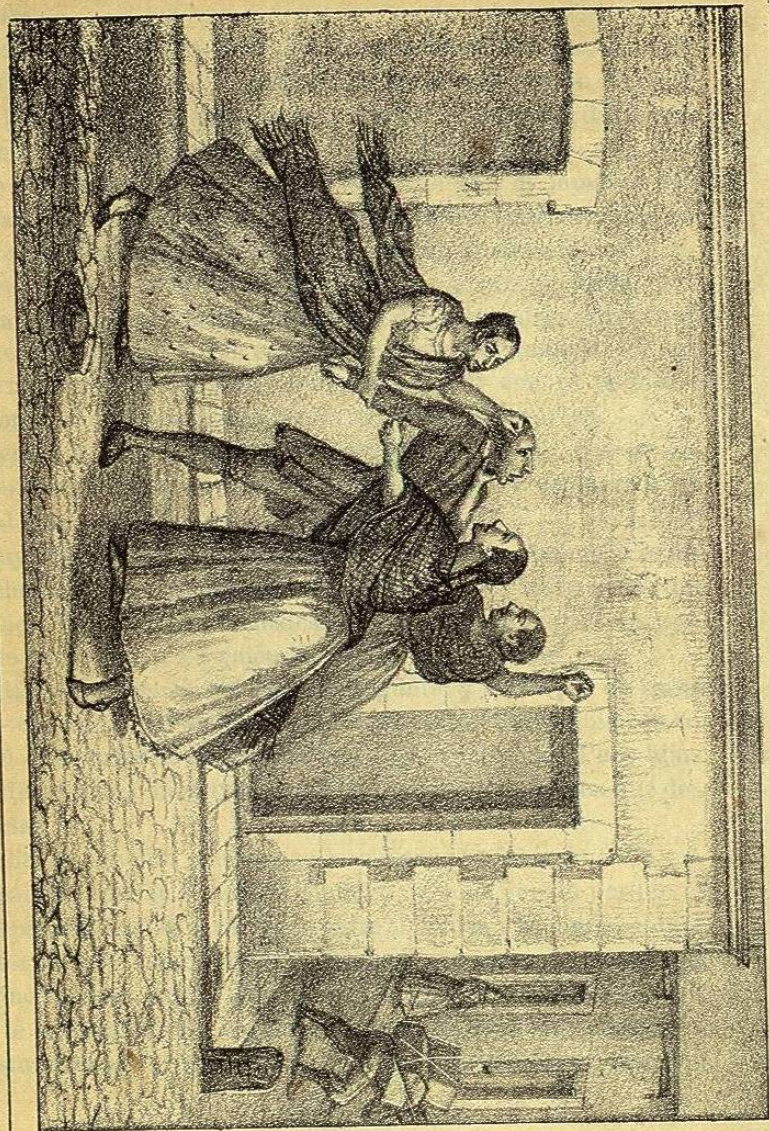
Iba con mi casaca y mi palito tras de los cargadores, avergonzado hasta de mí mismo, considerando que todos aquellos ultrajes que habia oido eran muy bien merecidos, y naturales efectos de mi mala conducta.

Torcia una esquina pensando irme á casa de alguno de mis amigos, cuando hé aquí que por mi desgracia estaban allí las tres señoritas que acababan de salir corridas por mi causa, y no bien me conocieron, cuando me afianzó del pelo, otra de los vuelos, y entre las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones, que en un abrir y cerrar de ojos me desmecharon, arañaron la cara é hicieron tiras mi ropa, sin descansar sus lenguas de maltratarme á cual mas, repitiéndome sin cesar el retumbante título de alcahuete.

Por empeño de algunos hombres decentes que se llegaron á ser testigos de mis honras, me dejaron al fin, ya dije cómo, y lo peor fué que los cargadores viéndome tan bien entretenido y asegurado, se marcharon con mis trastos, sin poder yo darles alcance porque no ví por dónde se fueron.

Así todo molido á golpes, hecho pedazos y sin blanca, me hallé cerca de las oraciones de la noche frente de la plaza del Volador, siendo el objeto mas ridiculo de cuantos me miraban.

Me senté en un zaguan y á las ocho me levanté con intencion de irme á ahorcar.



Entre las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones.